

IN MEMORIAM DE D. VALENTÍN GARCÍA YEBRA

M^a ELENA FERNÁNDEZ-MIRANDA

Ex Directora en la Dirección General de Traducción de la Comisión Europea.



Valentín García Yebra

En 1983, me matriculé en el magister de traducción del Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad Complutense. Yo ya tenía mucha experiencia en traducción, pues en el Ministerio de Trabajo, donde era jurista, estábamos preparando la adhesión de España a las Comunidades Europeas, por lo que había traducido muchas Directivas y Reglamentos comunitarios. Con todo, los cursos me parecieron muy interesantes. Recuerdo la impresión y admiración que me produjo el profesor de Teoría de la Traducción, D. Valentín García Yebra. Él, además, dirigía el Instituto, que, en gran parte, era obra suya. Sus clases marcaron una época. Llegaba siempre muy puntual, se quitaba el sombrero con elegancia y saludaba amablemente a los alumnos antes de comenzar. Ahora bien, no permitía que nadie se distrajera y miraba con malos ojos a los que

hablaban en clase. Impartía sus cursos con una claridad y una corrección asombrosas, pronunciando perfectamente cada palabra. Algunos traductores piensan que la teoría de la traducción no sirve para nada, pero yo disiento. Aprendí muchísimo con D. Valentín. Su libro, *Teoría y práctica de la traducción*, que seguía en sus clases, era muy interesante. Tenía una visión clarísima de lo que debía ser el orden de las palabras y abordaba de manera genial el tema del uso de las preposiciones, que, como él decía, constituye uno de los mayores escollos de la traducción, por lo que más tarde lo desarrolló en 1988 en otro libro *Claudicación en el uso de preposiciones*. Su *Teoría y práctica* era un libro clave para cualquier traductor, porque, en efecto, no se limitaba solo a la teoría, sino que proponía numerosos ejemplos de traducciones hacia el español a partir del inglés, del francés, del alemán, etc. fruto de la experiencia de la traducción de muchísimos textos. En este libro, y en otros que escribió después, citaba con frecuencia a un autor americano del que yo no había oído hablar nunca, pero que él admiraba enormemente: Eugene Nida. Nos leía párrafos de sus obras que él mismo había traducido y comentaba su teoría de la equivalencia dinámica o su análisis componencial con entusiasmo. Años más tarde, cuando conocí a Eugene Nida, e incluso me casé con él, solía decir al ya entonces mi amigo Valentín “si me caso con él es porque tú me lo has metido por los ojos”.

En aquellos tiempos del magister, yo, que era también profesora titular de francés en un Instituto de Enseñanza Media, mostraba a D. Valentín al terminar las clases algunas de las traducciones más brillantes que habían hecho mis alumnos. Siguiendo lo que decía en su libro “la teoría sola es estéril”, le enseñé en una ocasión una mag-

nífica traducción de la Ofelia de Rimbaud hecha por una alumna que después llegaría a ser traductora en la Comisión europea. Le interesó mucho, pero, con una mirada de lince, con una rapidez increíble, sugirió al instante cómo mejorarla. Como él decía, la traducción es siempre perfectible y no siempre satisfactoria.

D. Valentín era un buen maestro en todos los sentidos. Se interesaba muchísimo por sus alumnos y los quería realmente. Y eso se notaba. Recuerdo que, al terminar el curso en junio, nos invitó a toda la clase a su casa de Villalba. Me pareció un bonito detalle, ya que nunca otro profesor me había invitado a su casa.

Como le admiraba mucho, solía hablar de él con mi maestro y amigo Alfonso García Valdecasas, miembro y secretario de la Real Academia de la Lengua, con el que había trabajado en su bufete como abogado y como asistente en la Cátedra de Derecho civil de la Complutense. Él pensaba que Valentín García Yebra era el mejor traductor que había conocido nunca. “Sus traducciones de la *Metafísica* y de la *Poética* de Aristóteles, –me decía– son simplemente las mejores que existen. Lo que no entiendo es cómo, habiendo trabajado durante tantos años con Dámaso Alonso, aún no es miembro de la Academia, pues si hay alguien que merece estar allí ese es él”.

Ni que decir tiene que el día de su entrada en la Academia de la Lengua, en 1985, allí estábamos, entre otras muchas personas, Alfonso García Valdecasas, que lo presentaba, y yo. Evidentemente, su discurso tenía como título *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor*. En él estudiaba la importancia histórica de la traducción, especialmente como transmisora de la cultura griega al mundo occidental a través del latín y también desde el latín a las lenguas vernáculas. Siempre me ha hablado de su pasión por la lengua y la cultura griega, que como catedrático de griego conocía profundamente, por lo que no era de extrañar que en un momento tan solemne volviera al helenismo. Su discurso, que marcó un hito,

abordaba también un aspecto muy interesante de la traducción: las consecuencias del contacto entre lenguas que se produce en el proceso de la traducción y que enriquecen la lengua del traductor. Hablaba también del préstamo, del calco y de los neologismos, todo con la brillantez que le caracterizaba.

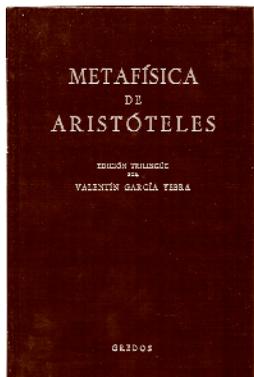
En 1986, cuando fui a trabajar como jurista lingüista en el Tribunal de Justicia Europeo, ya me unía una gran amistad con él y nos escribíamos con frecuencia para comentar algunos problemas de la traducción. Y un año más tarde, cuando me nombraron Jefe del Departamento español de traducción en la Comisión Europea, lo primero que hice fue invitarle a dar una conferencia a los traductores comunitarios, que le conocían bien, y no solo los españoles. Y, por supuesto, le invité también a que pasara algu-

nos días en mi casa. Allí, sentados en el jardín, oyendo el canto de los pájaros, que le fascinaba, me comentaba su trabajo en la Academia. Me hablaba de las consultas que recibían, de la revisión de las voces del DRAE, que se tomaba como si en ello le fuera la vida, de las anécdotas con otros miembros de la Academia, que me hacían ver esta como algo humano y no como una fría entidad, de la tristeza que le producía la penosa enfermedad de nuestro común amigo Alfonso García Valdecasas, que yo compartía profundamente...; en todo caso, la Academia era

Sus traducciones
de la *Metafísica* y
de la *Poética*
de Aristóteles son
simplemente las
mejores que existen.

su vida, era el lugar al que pertenecía.

Valentín García Yebra vino varias veces a Bruselas, donde los traductores le apreciaban mucho. Un día me contó riendo que como su mujer, mi querida Lola, se apellidaba Mouton, preguntó a un belga si había muchos Mouton en Bélgica, y él le contestó: “Uf, muchísimos,



los campos están llenos”. También me solía hablar de su pueblo Lombillo de los Barrios, en el Bierzo: “Cuando conocí las montañas de Suiza, –me contaba–, pensé al principio que eran mejores que las del Bierzo, pero de vuelta a mi tierra comprobé que las mías eran las más bonitas que había visto nunca”. Tanto me contagié su entusiasmo que durante unas vacaciones fui a conocer su querido Lombillo, lo que le gustó mucho. Cuando llegaba a Bruselas era una fiesta, las conversaciones con él me encantaban, pero también le agradecía mucho algunos libros que me traía de la editorial Gredos, fundada por él en 1944.

En 1996 coincidimos en El Escorial dando unas conferencias, Eugene Nida, al que yo había conocido precisamente en los “Encuentros Complutenses en torno a la traducción” dos años antes, Valentín y yo. Como estuvimos allí unos cuantos días solíamos comer juntos Eugene, Valentín, Lola y yo. Cuando unos meses más tarde llamé a Valentín, a él antes que a nadie, para comunicarle que me iba a casar, Lola adivinó la primera que me casaba con Eugene Nida. Pero, por supuesto, la culpa había sido de su marido, que le admiraba mucho y me había hablado tanto de él.

Después, cada vez que veníamos a Madrid, solíamos cenar con Valentín y Lola, a los que tanto Gene como yo queríamos mucho. Nunca perdimos el contacto. Además leíamos con interés sus libros, que él siempre nos dedicaba. *En torno a la traducción*, se publicó por primera vez en 1983, cuando ya le conocía bien, por lo que asistí en primera fila a su gestación. En efecto, me dio a leer algunos capítulos antes de publicarlo e incluso me ofreció a pasar algunas partes del libro a máquina, por lo que pude conocerlo perfectamente. En este libro trata, entre otras cosas, de la correspondencia formal en la traducción y de la

equivalencia dinámica, así como de un tema difícil para los traductores: la traducción de la poesía, que en algunos casos considera imposible, por lo que cuando es así propone traducirla en prosa. También ofrece algo muy interesante: sus experiencias al traducir a Aristóteles.

En 1994, publicó *Traducción: historia y teoría*. Ahora, mientras escribo estas líneas lo vuelvo a ojear, subrayado en rojo por nosotros. El libro es una joya para los especialistas, pues trata temas tan sugestivos como la traducción en el siglo de oro, un estudio de Vives y de *El Quijote* desde el punto de vista de la traducción, para terminar con su propia experiencia como traductor, que es enorme, y, por supuesto, con la lengua de la traducción. En *El buen uso de las palabras*, publicado en 2003, recoge muchos de sus artículos sobre uno de sus temas recurrentes: la corrección de la lengua, que él mismo practicaba de manera ejemplar. En 2006 recopiló las conferencias que había dado en diferentes universidades españolas y extranjeras en un libro muy variado que tituló *Experiencias de un traductor*. Y también hemos leído con placer muchos de sus artículos, tanto en diferentes publicaciones como en el diario ABC, donde iba hasta el fondo de la perfección gramatical.

En el 2000, se representó en Bruselas la *Medea* de Séneca, que Valentín García Yebra había traducido del latín en sus años mozos. Tuvo un éxito enorme, y los asistentes, la mayoría grandes traductores de

las Instituciones europeas, comentaron con admiración la belleza de sus versos. Tenía tal dominio de la lengua española, que cualquier texto que escribía se volvía un clásico. Y esa era precisamente la clave de su éxito como traductor.

Valentín García Yebra dedicó su vida al estudio de la traducción y de las lenguas, sobre

Tenía tal dominio
de la lengua española,
que cualquier texto
que escribía se volvía
un clásico. Y esa era
precisamente la clave
de su éxito como
traductor.

AMIGOS Y MAESTROS

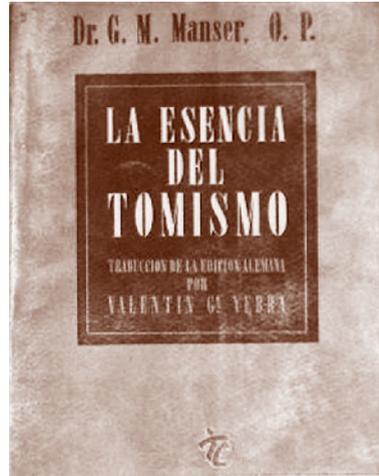
IN MEMORIAM DE D. VALENTÍN GARCÍA YEBRA

todo al de la lengua española, y a hacer magníficas y numerosas traducciones; por todo lo cual mereció muchos premios, dos doctorados honoris causa y la admiración de académicos, profesores y traductores españoles y de otros países.

En 2006, cuando yo ya trabajaba como directora en la Dirección General de Traducción de la Comisión Europea, se publicó un libro en su honor al que se le dio el nombre de *Corcillum*. Sus amigos y admiradores escribimos en él artículos, en su mayoría sobre la traducción, para dedicárselos. Valentín, siempre correctísimo, nos mandó a cada uno una tarjeta de agradecimiento. A mí le unía una gran amistad, pero como la ciencia es la ciencia, el texto que dedicó a mi marido, Eugene Nida, fue más efusivo. En efecto, en mi tarjeta había escrito “mi querida amiga...”, mientras que a mi marido le decía “admirado y querido amigo...” y a mí me expresaba su agradecimiento “con sincero afecto”, mientras que a mi marido “con profundo afecto” Siempre ha habido clases, sobre todo para un científico como Valentín.

Cuando vinimos a vivir a Madrid en 2008, yo deseaba vivir cerca de él, por lo que compramos un piso en un edificio casi contiguo al suyo. Así, algunas veces coincidíamos en el Retiro o íbamos a visitarle. Todavía tengo presente su acogedora casa, su salón decorado al estilo moruno, huella de su vida en Tánger, la profusión abrumadora de libros, que ocupaban desde el hall de entrada hasta el último rincón, el comedor, donde Lola y él nos invitaron a cenar algunas veces, el gran arcón en el rellano del piso, recuerdo de Dámaso Alonso...todo tenía un valor entrañable para mí. Aunque nada podía compararse con su presencia activa y dinámica que iluminaba y enriquecía todos los objetos. Ahora, cuando paso todos los días delante de su casa, miro a sus ventanas, que me parecen vacías, y se me encoge el corazón.

Valentín García Yebra
dedicó su vida al
estudio de la traducción
y de las lenguas.



La última vez que le vi fue solo unos meses antes de su muerte. Estaba con él su hija Sol, porque ya le faltaban las fuerzas. Sin embargo, se le iluminó la cara cuando le dije que mi marido y yo estábamos haciendo una selección y traducción de dos de los libros que él mencionaba tanto en sus obras: *The Theory and Practice of Translation* y *Toward a Science of Translating*. Me dijo muy feliz: ¡por fin se podrán entender perfectamente sus ideas!” Hasta el último momento, lo que más le alegraba era lo que se refería a la lengua y a la traducción. También entonces le pedí que me dedicara un libro que había sido de mi

padre. En efecto, entre los libros de la biblioteca que había recuperado al morir mi madre en 2009, había uno insólito: *La esencia del tomismo* de Manser. En la portada, con letras más grandes que el nombre

del autor, aparecía “traducción de la edición alemana por Valentín García Yebra”. Valentín escribió “A Elena Fdez. Miranda con un gran abrazo”. Hoy, ese libro con su dedicatoria está siempre encima de la mesa de mi despacho, como un trocito precioso de ese hombre único al que quise y admiré tanto. ■